

Un
Adagio
para
Florence

Hilda Rojas Correa



Adagio

El adagio es un término musical italiano que indica un tempo lento, pausado y solemne. Se sitúa comúnmente entre el largo y el andante, invitando a una interpretación expresiva y emocional. Además de marcar la velocidad, puede referirse a una composición completa o a una sección lenta dentro de una obra.

El término es derivado del italiano ad agio (con comodidad/despacio), e implica una ejecución tranquila y expresiva.

Primer Movimiento: Adagio

Londres, 16 de octubre de 1846.

L Florence entró a su alcoba haciendo malabares. La palmatoria y los numerosos presentes que le regalaron por su cumpleaños amenazaban con el desastre. Con su cadera cerró la puerta tras de sí.

—Ay, no, no, no, no, no. —Uno de sus presentes resbalaba, lánguido, como una burla a su equilibrio. Intentó interceptar la caída, pero el movimiento brusco hizo que la ardiente cera de la vela aterrizara en su mano—. ¡Mierda! —Sí, soltaba una que otra palabrota cuando la ocasión ameritaba.

Y la caída del obsequio fue inexorable.

Florence cerró los ojos esperando que el sonido no fuera el de una botella quebrándose.

El golpe fue seco.

Aliviada por la providencial presencia de la alfombra, siguió con su camino hasta llegar a la cama, lugar donde soltó sus presentes. Dejó la palmatoria sobre la mesita de noche.

Estudió la quemadura de su mano, su blanca piel contrastaba con la rojez de su herida. No era grave, pero molestaba mucho la sensación de ardor.

Rio bajito.

—Creo que bebí más jerez de la cuenta... —Se giró y fue a buscar el objeto que se cayó.

Lo recogió. Era el frasco de perfume que le regaló su prima-cuñada, Laura.

Con el corazón en la boca. Lo examinó a la luz de la vela para verificar que no se hubiera fisurado. Por suerte estaba intacto. Resopló botando los nervios crispados, era un regalo exclusivo. A ella no le gustaba usar perfume porque los aromas

intensos le producía dolores de cabeza, y su prima —que era perfumista— le formuló uno especial; una lavanda muy suave y limpia que solo percibiría ella.

«Si un caballero quisiera sentirlo, tendría que hundir la nariz en tu cuello», bromeó su prima al regalárselo.

Florence negó con su cabeza al recordarlo. Jamás habría un caballero que se atreviera a tal intimidad.

Ordenó sus obsequios disponiéndolos en distintos lugares de la estancia. Cada uno de sus hermanos le dio algo especial.

Elijah le regaló caramelos, típico de él. «Para endulzar la vida», le dijo.

Anthony, una resina de alta calidad para el arco de su viola. Para él era fácil saber qué le faltaba. Aparte de ser su hermano, también era su compañero en el Quinteto Divino.

Marian, su hermana mayor, era más práctica y le obsequió unos guantes de cabritilla, los cuales nunca eran suficientes.

Violet, la benjamina de la familia y la que tenía menos presupuesto, una elegante cadenilla de plata.

William, fiel a su negocio de arte y antigüedades, un atril portátil. Pero no era uno cualquiera, sino uno plegable, hecho de ébano y tallado con exquisitas filigranas.

Sus padres, como siempre, se lucieron con un estuche de madera de palisandro para su viola. Su interior estaba forrado en terciopelo azul, y contaba con diversos compartimentos para guardar la resina y la sordina.

Fue una buena celebración con su familia, que cada vez crecía más. De los seis hijos del vizcondado Rothbury, tres estaban casados y ya la habían convertido en tía —o se encontraban en el divertido proceso—.

Adoraba a sus sobrinos, eran el milagro de la vida.

La alcoba era demasiado silenciosa.

Contuvo el aliento por largos segundos y luego lo soltó todo.

Siempre se preguntaba qué se sentiría tener a un bebé creciendo en su interior.

Casi como un acto reflejo, sus manos descendieron hacia su vientre... Lanzó una risa floja. El jerez se le había ido a la cabeza.

Para tener un hijo necesitaba a la parte masculina, lo cual era un incordio, porque ser hija del vizcondado Rothbury era una bendición y a la vez una maldición.

Sus padres —a quienes la aristocracia masticaba, pero no tragaba, debido a su pasado escandaloso— nunca le cortaron las alas, ni intentaron meterla dentro de un molde de expectativas. Sin embargo, aquello significó convertirse en una mujer que no era considerada apta para ser esposa de ningún par del reino.

Se detuvo en medio de la estancia. Se abanicó con la mano, un inusitado calor la sofocó. Aquello le hizo recordar a lady Strout, una matrona que siempre la criticaba por ese ademán.

«Para eso existen los abanicos, niña», la voz horrible de la dama inundó su cabeza

Arrugó su nariz.

Sus temporadas pasaron sin pena ni gloria. Rodeada de sus primas y amigas, con un carnet de baile siempre en blanco.

Antes de los veinte, la sociedad la proclamó como solterona. Dos temporadas fueron suficientes para intentar ser parte de ellos, y se dedicó a enseñar etiqueta y francés en la Academia Hope, institución que su madre, junto a familiares y amigas, lideraban.

Años después, su amiga Grace, la fundadora del Quinteto Divino, le propuso ser maestra de viola para su academia de música, y ella aceptó.

Esa era su biografía. A sus veinticuatro años lo tenía todo: independencia, educación y una familia que la amaba.

Pedir formar una propia ya era codicia.

Se sentó frente al tocador y desarmó su peinado. Mientras se quitaba las horquillas, sus ojos se detuvieron en el ramo de dedaleras que adornaba su espejo. Era un trabajo de artesanía exquisito, las flores moradas y las hojas estaban hechas de seda, unidas a delicados palillos que formaban el tallo.

Ese ramo era el recordatorio de ser la excepción que confirmaba la infalible tradición nupcial en su familia. Si lo atrapaba, sería la siguiente en casarse.

Como si fuera tan fácil.

A veces pensaba que, simplemente, no era atractiva. No se consideraba una mujer desagradable a la vista, pero si se comparaba con sus primas o sus hermanas, ella era... anodina.

Olvidable, corriente.

Si no fuera por sus ropas elegantes y a la medida, cualquiera creería que solo era una sirvienta.

—Deja de pensar tonterías, Florence Witney. Deberías golpearte con una roca en los dientes por renegar de tu suerte. No

se puede tener todo en la vida. En el futuro serás una mujer solitaria, pero una que no necesitará de la caridad de nadie para sobrevivir.

Suspiró y siguió con su tarea. Cepilló su cabello castaño y lo trenzó.

El ritual continuó con quitarse la ropa. Todas sus prendas eran confeccionadas para que ella no precisara de una doncella. No le gustaba esa absurda costumbre aristocrática de necesitar a alguien para vestirse y desvestirse. La muchacha que la atendía a ella y a Violet, solo se ocupaba de mantener su ropa limpia, y peinarla cuando asistían a un baile o presentación del Quinteto Divino.

Se acostó y apagó la vela.

Su mirada se clavó en el cielo raso. Poco a poco su vista se acostumbraba a la oscuridad que no era absoluta.

Silencio...

No, tampoco era absoluto.

Tic... tac... tic... tac... El reloj que descansaba sobre su mesita de noche le dedicaba una monótona e inacabable serenata.

Se giró.

Tic... tac... tic... tac...

—Si hubiera bebido más, ya me habría quedado dormida.

Cerró los ojos.

Un perro ladraba a lo lejos... Otro respondió.

Y otro...

Y otro...

¡Y otro más!

—¡Maldita sea! —Otra imprecación. Esa noche todo le molestaba.

Encendió la vela y se levantó.

Estrenó su nuevo atril, tomó una partitura al azar y la colocó en él. Abrió el estuche que le regalaron sus padres, sacó el arco y tensó las crines. Las preparó con la resina, deslizándola con firme decisión. Blandió el arco para quitar el exceso de polvillo.

Tomó su preciada viola. Su padre se la regaló. Tenía más de cincuenta años de antigüedad y fue hecha por un luthier desconocido, cuyo talento quedó plasmado en el sonido grave y singular del instrumento.

Le puso la sordina para no perturbar el sueño de los demás. Siempre la tranquilizaba cuando tocaba su viola, era mejor que contar ovejas.

Y, concentrada, afinó...

Cuerda la... Re... Giró la clavija... Re... Sol... Sol... Un leve ajuste... Do...

El arco pasó al mismo tiempo por las cuerdas la y re... sol y do...

Volvió a ajustar las clavijas.

Frunció el ceño... Las notas sonaban extraño. No lograba afinarlas como siempre.

—¿Qué le pasa?

La clavija le ofrecía más resistencia de lo habitual.

Con cuidado, afinó la cuerda la...

Un pequeño estallido.

Lanzó un grito, al mismo tiempo que un ardor agudo se clavó en su pómulo.

Florence se tocó, siseó ante el dolor. Un rastro de sangre en su dedo.

Miró la viola.

Resopló, frustrada. Se había cortado la cuerda. Su postura se encorvó.

—¡Condenación!

Con los labios apretados y haciendo movimientos bruscos guardó todo en su lugar. Apagó la vela y se acostó pensando en las actividades que tenía que modificar para poder pasar al negocio de instrumentos del señor Reeves.

Tic, tac... tic, tac... tic...

Dios, era complicado. Debía ir, pero no quería.

Gimió, contrita, y se tapó hasta la cabeza.

Era el mejor lugar, el servicio era impecable... Pero ella siempre tenía la sensación de que el señor Reeves la despreciaba. Algo en su mirada oscura le transmitía que no era bienvenida.

Amable, pero frío y distante.

No sabía si había dicho algo inapropiado o lo ofendió de algún modo. Solo tenía claro que la primera vez que visitó el establecimiento, él fue cordial y simpático, pero después el trato cambió.

Jamás supo qué sucedió entre una visita y otra. Era un misterio para ella.

Por supuesto que había probado en otros lugares, pero debía admitir que nadie lo superaba. Él ostentaba el mejor catálogo de partituras, accesorios y repuestos para instrumentos. Tampoco todos los negocios tenían el servicio de luthier.

Y, además, nadie superaba el atractivo del hombre. No era lo mismo visitar el negocio de un señor de setenta años, que el de uno de... treinta quizás... Bien valía la pena recrear la vista, aunque el señor Reeves la detestara.

«Ojalá algún día me dé motivos reales para detestarlo también», pensó.

Las horas pasaron y Morfeo nunca la visitó.